

FRANCESCA MALTOMINI, *Tradizione antologica dell'epigramma greco. Le Sillogi Minori di età bizantina e umanistica*, Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 2008 (Pleiadi, 9), 214 pp., ISBN 9788884984807.

En nuestro conocimiento de la transmisión y crítica del texto de la *Antología Griega* hay dos lagunas muy evidentes: las recopilaciones menores de época bizantina y humanística (llamadas a menudo *syllogae minores*) y los apógrafos de las dos antologías principales, la *Palatina* y la *Planudea*. Una buena puesta al día de esos grupos de manuscritos, aunque no llegara a grandes conclusiones, es desde hace tiempo un *desideratum* de esta parcela de la literatura griega. El de Maltomini es un libro que ayudará a los lectores de los poetas de la *Antología Griega* –y en particular a sus editores– a salir más rápidamente de uno de esos laberintos, el que constituyen las llamadas *syllogae minores*, cuyas lecturas en los aparatos críticos de las ediciones disponibles hoy en día son registradas de manera irritantemente incompleta y errática. Al igual que en el caso de los apógrafos, el editor de epigramas tiene la impresión de sumergirse en el extenso pajar de las *syllogae minores* para emerger con agujas más bien miserables, sobre todo cuando no puede enjuiciar propiamente el valor de las variantes dentro de la tradición. Maltomini ha dado el primer paso hacia una valoración correcta y de conjunto de estas recopilaciones menores, haciendo lo que era necesario: examinarlas una a una, ofrecer una lista revisada de sus contenidos, estudiar los aspectos más importantes de los manuscritos que las transmiten y dar un juicio preliminar sobre su valor como testimonios para el establecimiento del texto. La organización del libro es impecable desde este punto de vista: se tiene acceso rápido y con una presentación sencilla a los datos de todas las *syllogae minores*.

Maltomini estudia catorce *syllogae*, conservadas en cuarenta y cuatro manuscritos. Todas ellas eran ya conocidas en mayor o menor medida, pero nunca habían sido estudiadas de manera

sistemática. De cada una de ellas se presenta una “ficha” de poco más de diez páginas que consta de: a) Nombre, b) Manuscritos en que se conserva, c) Descripción muy general de los manuscritos, d) Contenido (lista de epigramas), e) Estructura y relación entre los manuscritos, f) Lugar en la transmisión. La bibliografía básica va en la primera nota, y se complementa a lo largo de la exposición. Al inicio del volumen hay una introducción y al final unas conclusiones, un apéndice sobre AP XIV (no considerado usualmente como tal, pero en verdad una *sylloga* más), una lista de los epigramas y extractos conservados en las *syllogae*, abreviaturas y bibliografía.

En la introducción, Maltomini señala los objetivos básicos de su estudio, la metodología y el *status quaestionis*. Lo dicho ahí será seguramente compartido sin reservas por los lectores, particularmente algunas observaciones de método que, aunque parezca increíble, han sido olvidadas en más de un trabajo sobre estas recopilaciones: en testimonios de tradición abierta y probablemente sujeta a contaminación los errores o innovaciones comunes son conectivos y las lecturas particulares son separativas, pero las coincidencias en lecturas que provienen de la misma fuente no tienen necesariamente valor. Aunque no lo formula así, parte de la importancia del trabajo de Maltomini es que nos recuerda que estamos tratando de antologías en segundo o tercer grado, selecciones de selecciones. Maltomini da al trabajo pionero de Basson la atención que merece, valora positivamente a Gallavotti y Cameron, y es particularmente crítica con Aubreton. Los autores mejor valorados por Maltomini son aquellos que han abordado las *syllogae* en el contexto de la transmisión humanística, sin intentar extraer de ellas grandes conclusiones que afecten al conjunto de la transmisión; es obvio que Aubreton, con su conocida maestría para construir montañas sobre puntas de alfiler, no resultara particularmente útil para Maltomini. Otra aportación importante de la autora son, pues, los adjetivos “bizantino” y “humanístico”. La autora no establece una tipología para cada uno de los períodos, pero el lector puede hacerse una idea a través del libro. Las recopilaciones menores adquieren, pues, un contexto de elaboración y transmisión mínimo, pero quizá la autora debió estudiar un poco más a fondo las circunstancias de cada una de ellas.

Llama ciertamente la atención –y cualquiera que haya editado un texto de la *Antología* lo sabe por experiencia– la aparente impermeabilidad de los estudios parciales sobre las *syllogae*: a veces da la impresión de que los autores no se leían los unos a los otros, aunque se citaran puntualmente. Maltomini logra trasladar al lector una imagen coherente y convincente de la transmisión de estas recopilaciones sin recurrir a las intrincadas hipótesis que a menudo se encuentran en los libros sobre el texto de la *Antología* (el lector puede ver ejemplos en Cameron).

La investigación de Maltomini confirma, con los datos de los que se dispone hoy, la ascendencia cefaliana de las *syllogae* más importantes, como ya sospechó Basson hace noventa años. Al mismo tiempo, ayuda a depurar los aparatos críticos de las ediciones, ya que sólo algunas de las recopilaciones pueden aportar algo al establecimiento del texto. Son las que ya sabíamos, es cierto, pero ahora lo sabemos con mayor seguridad: la *Parisina*, la *Euphemiána*, la *Laurentiana*, el *Appendix Barberino-Vaticana* y la breve Σ^r .

Como todo trabajo que colabora realmente al desarrollo del conocimiento, el de Maltomini ha creado nuevos *desiderata*. Además de los apógrafos, que siguen esperando su turno, hay ahora dos tareas a las que este libro aporta grandes posibilidades. La primera es estudiar a fondo las circunstancias de elaboración de estas recopilaciones y, en la medida de lo posible, su recepción en su propia época, como se ha hecho recientemente para la *Palatina* y la *Planudea* en época bizantina (Lauxtermann) y renacentista (Anna Pontani). La segunda, y quizá la más importante, es colacionar de nuevo el texto de los aproximadamente seiscientos epigramas conservados en las *syllogae* y elaborar un *conspectus lectionum* con los criterios adecuados, que pueda servir como suplemento al aparato crítico de las ediciones (en el caso de los epigramas incluidos en la muy deficiente edición de Cougny esta necesidad es todavía más acuciante). Ojalá la propia Maltomini u otros autores se encarguen pronto de ello, sin que tengamos que esperar a una nueva edición completa de la *Antología*.

LUIS A. GUICHARD
Universidad de Salamanca
lguich@usal.es

